

masiado; en este caso, aunque exteriormente parece que atiende, lo hace sólo materialmente, pero no se centra. Bastante fatigable e incansable si el interés la estimula. Las preferencias son libros de narraciones fantásticas y el dibujo.

Memoria.—Buena retentiva de lo concreto y muy débil la de abstractos. Es, sobre todo, memoria más visual que auditiva.

Imaginación.—Exuberante y fantástica, manifestada en fabulaciones fáciles de comprobar en su conversación cuando tiene confianza. Esta abundancia de la imaginación le da a sus realizaciones gráficas un aspecto extraño por la forma y aditamentos de figuras y objetos.

Juicio.—Tenía una serie de prejuicios a su ingreso que han ido desapareciendo paulatinamente mediante la tarea de convencimiento realizada con ella en hechos experimentados a lo largo de sus ocupaciones escolares. Sabe corregirse si se le afea una acción, pues comprende lo mal hecho y tiene un sentido sutil de lo justo e injusto. Se ha superado notablemente inhibiendo muchas acciones espontáneas incorrectas y desarrollando otras actividades de las que era capaz, pero que

no ejecutaba por apatía. Por otra parte, aprecia los esfuerzos que ha de hacer para imponerse en cualquier tarea escolar y los pone en práctica con escasa intervención de la profesora. Razona un hecho con prontitud.

Juegos.—No es muy diestra en los juegos que implican carrera o salto; un poco por no estar acostumbrada a hacerlo y otro poco por la rigidez de movimientos, que acusábamos al hablar de la gimnasia, que le hace perder soltura y velocidad, aunque sepa ejecutar correctamente los movimientos. En cambio, es muy hábil en los juegos de mesa, dominós, loterías, cuadritos y, en general, los que implican atención comprensiva.

En resumen, creemos haber dejado suficientemente aclarado lo concerniente al dossier personal del niño inadapado, dentro de cuya exposición nos hemos esforzado por destacar los aspectos prácticos que facilitan el manejo y aprovechamiento del mismo a cuantos, de manera directa, se preocupan de la educación de inadapados o deficientes en sus variadas manifestaciones.

Ideología de nuestros universitarios *

JESUS LOPEZ MEDEL

Profesor de Filosofía jurídica

Extracto de un posible tema de coloquio en el Colegio «San Pablo» de Madrid. Abril 1965

El tema señalado en la invitación que me ha hecho el director del colegio tiene en sí una carga «subjetivo-objetiva». El *nuestros*, «subjetiva», con calor y amor, el tema abstracto de una ideología universitaria para referirla a «nuestros universitarios»; la misma palabra, «objetiva», con signo de temporalidad y de localización, tiempo y espacio, como categorías axiológicas, aquella ideología.

Cabría un primer enfoque «sociométrico» de la cuestión, es decir, la cifración de esa ideología, para que, por los resultados del «cómo está» o el «cómo se da», pudiéramos traducir el «ser» de la ideología de nuestros universitarios. Citáramos aquí una parte de los resultados de los trabajos de Tena Artigas y Fraga, de Linz, de Pi-

nillos, y acaso los más recientes de Perpiñá (*Encuesta universitaria sobre clases sociales*). Quizá también los resultados del trabajo sociojurídico sobre la universidad española, que entregué a la Fundación March, hace unas semanas, como becario suyo (lo publicará el Instituto «Balmes» de Sociología, del CSIC).

Pero esto—además de ser más o menos conocido—nos daría una parte de las «actitudes» y de los «comportamientos» universitarios, pero no la esencia de una ideología.

Más apretadamente, acaso, sería interesante hablar de los *acondicionamientos* de la ideología de nuestros universitarios, es decir, las cualificaciones sociales que hacen —o no hacen— posible tal ideología, que la orientan o dispersan, que la encauzan o descaminan, que la hacen eficiente o infecunda.

Naturalmente, estos acondicionamientos, en no pocos instantes, presuponen una ideología extra-universitaria que opera, por acción u omisión,

* Este trabajo es el extracto para el coloquio que pensaba celebrarse en el Colegio Mayor «San Pablo», de Madrid, abril 1965.

en la sociedad en que el universitario vive, y acaso el contraste de la versión social de la ideología social con la propia versión universitaria de aquella ideología es lo que nos daría una parte de la ideología misma de nuestros universitarios.

Más interesante, y acaso menos fácil, es el camino de analizar los *componentes* integrales de la ideología universitaria, que a su vez nos daría las caracterizaciones de la ideología de nuestros universitarios. Por de pronto, se trataría de una ideología *de la juventud*. Subrayemos el artículo determinado para evitar la preposición *para* la juventud. Eduardo Sprenger se refiere a ella en su obra conocida *Psicología de la edad juvenil*, y explica sus posibilidades y sus limitaciones, su riesgo y su ventura. Hasta el punto de que—*a la inversa*—llega a decir que toda ideología pura—por ejemplo, en política—conserva algo de juvenil. La ideología de nuestros universitarios, que es parte de toda una ideología universitaria, es, pues, esencialmente, *ideología de juventud*, que es como decir, *in crescendo*, dinámica, proyectiva. Su gran virtud, su no escasa servidumbre, es tal: la de ser *in crescendo*, la de no verse fácilmente coronable en la edad universitaria, porque sus frutos estarán posiblemente—por la edad y estudios—al traducirse en la etapa profesional-social.

Si se nos apretara, esa ideología de los universitarios tendría o no tantos quilates en tanto en cuanto al traducirla socialmente, profesionalmente, espiritualmente, políticamente, fructificase en maduras ideologías, eficientes ideologías.

En la ideología de nuestros universitarios hay otros componentes, no tan dinámicos, sobre los cuales puede operar, precisamente, la dinámica de su ideología. Por de pronto, el ascendiente *familiar-social*. El universitario «porta» en la universidad—y en principio—una ideología que se *hereda*: en unos casos, por el camino cómodo; en otros—el becario—, por el camino de la promoción social, del mérito o del trabajo. En una universidad como la nuestra, donde apenas se ha comenzado la igualdad de oportunidades—es decir, que los frutos los veremos en los próximos años—, esta carga «familiar-social» despersonaliza en parte la auténtica ideología universitaria.

En la ideología de nuestros universitarios está también la *ideología universitaria general*; es decir, la que produce la comunicabilidad de maestro y discípulo, la que le deviene de la cultura, la técnica y la superación; la que le proviene de factores incidentales: milicia, estudios en el extranjero, campo de trabajo, amistades, deportes, etc. Y, sobre todo, la del *estudio*. La ideología que traduce una capacidad de estudio, una dedicación a él como primer deber, y que a su vez se sabe animada por el reconocimiento de su sentido *in crescendo*, que es al mismo tiempo *limitación* y *apertura*, es acaso la más eficiente desde el punto de vista de la sociedad, y creo que también desde el punto de vista de la misma juventud universitaria.

La ideología de nuestros universitarios tiene el componente de lo *profesional*. Al menos en nuestro esquema y concepción universitaria. Por eso se atropellan y llaman a su mente los problemas profesionales, aunque lo sean de futuro, tanto o más que los problemas actuales de la organización misma del sistema de enseñanza, por ejemplo. Por eso, lo asociativo-profesional en la fase de estudio es—o no es—«levadura» de su ideología. Claro está que ese matiz preprofesional de la ideología de nuestros universitarios se dará mejor bajo el signo «corporativo» que en el «organizativo», y creo—personalmente, como formulé en mi trabajo citado ya en septiembre del año pasado—que todavía mejor si lo corporativo de «nuestros» universitarios se lo integra en lo corporativo—profesional-sindical—del mundo del trabajo: en parte, por la semejanza; en parte, porque se romperían así las barreras de la distinción del trabajo manual y el pretendido trabajo intelectual-superior.

Pero no podrá haber auténtica ideología sin la coparticipación en ella de una *espiritualidad*. Ella busca al hombre en su integridad. El universitario que ha sabido o ha podido modelarse en una ideología religiosa, en una espiritualidad, porta en sí una ideología fecunda. Porque tendrá siempre la idea cristiana de perfección, de amor, de humildad, de fortaleza, de libertad y de responsabilidad. La «santidad en las pequeñas cosas» es la santidad misma. La ideología de nuestros universitarios no es sólo traducción de sanas rebeldías; es sublimación de éstas en la caridad y en la perfección. En ello mismo van los nortes y las exigencias, los cauces y las posibilidades. Sobre todo dará la cordura de la propia personalidad, de la capacidad de una respuesta personal, sin mixtificaciones. Por eso es tan rica y tan fluida la ideología universitaria, porque no puede serlo de masas, porque debe sentirse vigilante y despierta, porque no suele entregarse a destinaciones de lugares comunes.

Toda la vida y esencia de la Universidad tiende—como su formación técnica y su formación humana, espiritual y social—a instrumentar en los universitarios una ideología. De cómo *sea* la universidad, cómo la *amemos*, cómo *quisiéramos* que fuese, dependerá esencialmente el cómo *sea*, o cómo haya sido o cómo quisieramos que fuese la ideología de nuestros universitarios. Pero la universidad misma no es vergel en solitario, sino que es—además de profesores y alumnos—, al decir de Laín, sociedad y estado. La ideología no es fin en sí misma; es contrapunto de una vocación social y profesional y un estímulo para los afanes de servicio al bien común. Se puede llegar a la vocación por la ideología, pero esto es más propio de los hombres de canas; para los jóvenes universitarios es más correcto llegar a la ideología por el camino de la vocación, aunque esto implique un sacrificio. Porque sin sacrificio—y lo apunta el propio Sorokin—es difícil cuajar una verdadera ideología.